

EL CARDENAL SEGURA, PRIMER MAESTRO DE ESPAÑA

PUNTOS DE CONTACTO CON LA TAREA DOCENTE.

a) *Abolengo pedagógico.*

Si la Iglesia Católica no se gloriase hoy contando entre sus príncipes esclarecidos, de universal prestigio, al Cardenal Segura, sin duda España podría ofrecer al mundo los altos valores de un maestro privilegiado, consagrado exclusivamente a la formación de la juventud.

El Cardenal Segura es pedagogo por naturaleza. Ha nacido educador, como nacen otros artistas o inventores. La herencia espiritual ofrece aquí un testimonio irrefutable.

Hijo de maestro, lo eran su padre D. Santiago Segura Arroyo y su madre D.^a Juliana Sáenz Camareros. Los dos ejercían tan noble profesión en el mismo pueblo, Carazo (Burgos), el 4 de diciembre de 1880, cuando nació el que hoy es Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, Doctor D. Pedro Segura y Sáenz. También era maestro un tío suyo, con el que convivió algunos de sus años infantiles, frecuentando su escuela.

Es grato pensar en el ambiente profundamente piadoso y delicadamente selecto de aquel hogar en cuyo seno se abrió precozmente al mundo del saber —antes de los cuatro años sabía leer ya— la clara inteligencia de un niño que andando el tiempo había de procurar tanta gloria a Dios con el esfuerzo gigantesco de su prodigiosamente fecunda vida.

Se dió el caso de que una criada analfabeta aprendiese a leer y escribir sin que nadie la enseñase, contagiada por la aplicación y entusiasmo de los hijos de aquel matrimonio modelo, y únicamente viéndoles trabajar.

Es decir, que la casa era una ampliación de aquellas dos escuelas desempeñadas por maestros ejemplarmente abneados y competentes.

Hasta los once años fué alumno en la escuela de su padre.

A partir de 1891 comienza su vida de estudio. Cursó tres años de latín en el colegio de PP. Escolapios de San Pedro

de Cardeña, incorporado al Seminario Conciliar de Burgos; y en 1894 ingresó en el Seminario Pontificio de Comillas.

b) *Vida docente.*

La vida docente de este insigne pedagogo tuvo comienzo el año 1909, como catedrático de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Burgos. Entonces explicó además Lengua griega y Sociología.

Más tarde —año 1912—, al ser designado mediante oposición, Doctoral de la Catedral Metropolitana de Valladolid, le correspondió desempeñar también la cátedra de Derecho Canónico en su Universidad Pontificia.

De estos años, durante los cuales ejerció activamente la enseñanza, conserva gratos recuerdos. Es que su vocación magistral hallaba feliz satisfacción en el ejercicio de la misma. Él no les olvida, y oyéndole frecuentemente, se echa de ver, sobre todo en sus instrucciones doctrinales, la sabia ordenación de la materia, el método rigurosamente científico con que la expone y la claridad diáfana de los conceptos; propio todo ello de un experto profesor que ajustándose a las normas de la más exigente pedagogía, desarrolla una lección modelo ante sus alumnos.

c) *Dos hechos destacados.*

Hay dos hechos que destacan con perfiles acusadísimos, entre los muchos merecedores de atención que se aglutinan formando el rico historial de esta existencia, entrecruzada sin regateos a difundir la gloria de Dios entre los hombres y a exaltar el amor a la Virgen Santísima. Son ellos la evangelización de las Hurdes y las Misiones del Sur de Francia.

Desde que el día 12 de octubre de 1920 se posesionó de la Sede de Coria, el Dr. Segura y Sáenz, hasta el 2 de febrero de 1927, que cesó en la misma, pasando a ser Arzobispo de Burgos, los agrestes parajes de la inhóspita región jurdana, vieron interrumpida su soledad muchas veces por la presencia del celoso Prelado.

Su estado de salud no le permitía entonces arriesgarse en tan peligrosas excursiones, sin llevar consigo la compañía del médico. Pero le acuciaba la miseria espiritual de aquellas gentes, más acusada aún que su miseria física, y nada podía impedirle acudir a remediarla.

Las impresiones que recibiera el apóstol infatigable duran-

te los días de convivencia con los jurdanos, fueron reflejadas por él mismo, en las cartas saturadas de dulce y sencilla belleza, que escribía a los devotos de la Virgen de la Montaña, Patrona de Cáceres, para que supliesen su ausencia, si coincidía con la celebración de alguna sabatina.

El celo por la salvación de las almas se manifiesta acusadamente en ellas: «Conocéis perfectamente el motivo de mi ausencia. Voy a llevar consuelo a aquellos pobres hijos de la misérrima región jurdana, que, careciendo de todos los recursos materiales, se ven privados, por desgracia, de las mismas satisfacciones del espíritu que hacen llevadero y amable el dolor» (1).

Pero el pastor compasivo experimentaba también conmiseración por las privaciones y penalidades materiales a que veía sometidos sus hijos. Y al grito de alarma que lanzó pidiendo la ayuda de los demás españoles para remediar la extrema necesidad en que se hallaban los jurdanos, respondió la nación entera, conmovida por el conocimiento de tanta pobreza:

«Todo lo del hombre parece diminuto y miserable: estas viviendas que más bien semejan guaridas de lobos que moradas humanas; estos huertecitos casi microscópicos, escalonados en parcelitas escarbadas en los huecos de los riscos; estas veredas estrechas y tortuosas que, bordeando precipicios, más parecen trazadas para triscadores y aventureros cabritillos que para pobres viandantes» (2).

El Prelado participaba allí de la ingrata y dura austeridad que el medio físico impone:

«En una iglesia totalmente derruida antes de estrenarse, sin más luces que las de los candiles, sin más asientos que las frías y húmedas pizarras, sin más adorno que unas cuantas flores silvestres que había mandado llevar y me tenían puestas en unos vasos, al atardecer les hablé de la Santísima Virgen, de vuestra, de nuestra Santísima Virgen de la Montaña. Les hablé del cielo y del infierno y del alma y de la Providencia de Dios; cantamos a nuestro modo y rezamos el Santo Rosario, y pasamos el tiempo, y ni ellos se cansaban ni yo tampoco, y se nos hizo muy de noche. Serían más

(1) Emmo. Sr. Cardenal D. Pedro Segura: «Flores de la Montaña.—Cartas marianas». Madrid. Sin fecha. Pág. 18.—Carta fechada en Cáceres el 21 de abril de 1922.

(2) Card. Segura: Ob. cit., pág. 24. Carta fechada en Frágosa de las Hurdes, el 5 de mayo de 1922.

de las diez y media y ellos se fueron a la luz de la luna por entre aquellos precipicios, tan contentos, a sus casitas, como me decía poco ha una mujeruca: «hablando y relatando las cosas güenas que nos dijo». Y yo me vine a este cuartucho sin ventana y sin puerta, pero donde se respira la gracia de Dios sin tasa» (3).

El sacerdote fervoroso, prescindiendo de exigencias sociales impuestas por la dignidad de su alta jerarquía, se mezcla con los jurdanos, les habla repetidas veces, se familiariza con ellos, mostrándose asequiblemente sencillo para que ellos se le acerquen sin temor; y advirtiéndolos ya ganados por la gratitud y el afecto, insiste incansable, prodigándoles generoso la doctrina salvadora.

«Y hoy la Santa Misa, la primera tal vez que se ha celebrado desde el principio del mundo en aquellas sublimes soledades. Todo el tiempo ha estado lleno y ha habido un silencio conmovedor; les he predicado antes y en medio y después de la Santa Misa, y les he vuelto a hablar de nuestra Madre» (4).

¿Cómo es posible que la palabra correcta, propia del hombre que está en posesión de vasta cultura, lograra penetrar la dura corteza de una ignorancia jamás atacada?

He ahí uno de los éxitos pedagógicos más salientes del Cardenal Segura. Con la misma clarividencia que se hizo cargo del extremo abandono en que se encontraban sus hijos en las Hurdes, midió el tosco estado de las rústicas inteligencias a las cuales tenía que descender para arrancarlas de su ignorancia. El maestro que lleva dentro de sí, resolvió maravillosamente la dificultad. En vez de sermones que deslumbrasen sin provecho práctico, sencillas conversaciones adoptando las más variadas formas, preferentemente la dialogada. Esas preguntas certeras hechas con la experta habilidad que permite lleven en sí comprendida la respuesta, a fin de que quienes han de formularla no se arredren y se sientan estimulados por el propio éxito; esas preguntas, manejadas con acierto extraordinario, fueron, ante todo, la clave que resolvió un obstáculo insuperable para otros.

Así aconteció durante ciertas misiones llevadas allá por el incansable Prelado. Los misioneros no lograban hacerse en-

(3) Card. Segura: Obra y carta anteriormente citadas. Páginas 24 y 25.

(4) Cardenal Segura: Ob. y Cart. citadas, pág. 25.

tender de un público tan distante intelectualmente de ellos. Fué necesaria la intervención del Sr. Obispo para que se hiciesen cargo del procedimiento único practicable en aquellas circunstancias.

Las misiones del Sur de Francia con emigrados españoles, que se celebraron varios años consecutivos, produjeron como resultado —además de la concesión de importantes mejoras materiales para aquellos hermanos nuestros sometidos al rigor de numerosas circunstancias adversas— ganarlos para la Religión y para la Patria.

La compasión que experimenta el Cardenal Segura ante la amargura de los necesitados, se traduce siempre en una activa contribución de cuanto es y puede, para llevarles remedio cierto.

Medio millón de españoles diseminados por el Mediodía francés, lo reclaman apremiantemente, sumidos en inmensa miseria y abandono material y moral.

Era el año 1928. El Primado de España se lanzó a la caritativa tarea de misionar a aquellas gentes, despertando conciencias hacía muchos años dormidas en la culpa, ilustrando otras perdidas para la luz de la fe y abriendo a la verdad la inteligencia de los niños.

Los frutos fueron copiosísimos. No cabe duda contribuyó mucho para alcanzarlos el entusiasmo y la actividad de los misioneros y catequistas movilizados, incluso la presencia personal, siempre alentadora, del ilustre organizador, que recorría los puntos destacados predicando y confesando como un misionero más; pero la técnica sabia y acertadamente dispuesta en todos sus detalles con que se llevó a efecto la difícil empresa, le procuró en gran manera el éxito sorprendente que obtuvo.

EL PRIMER MAESTRO DE ESPAÑA.

El Cardenal Segura mereció se le designase número uno del Escalafón General del Magisterio Español. El propio Ministro de Instrucción pública —entonces el Excmo. Sr. Don Eduardo Callejo— fué personalmente a Toledo para ofrecerle tan acertada distinción, al mismo tiempo que honraba a su

madre D.^a Juliana Sáenz Camareros, con la Cruz de Alfonso XII.

Más no ha podido hacer el Estado para reconocer oficial y públicamente, se encarna en la figura egregia del Eminentísimo Cardenal Segura el primer Maestro español.

Antes de esto, había dado él mismo testimonio público de su íntima compenetración con el Magisterio nacional, aprovechando los momentos más destacados de su vida; cuando, por designio de la Iglesia, Católica —que premiaba su mérito elevándole a la alta dignidad de Príncipe suyo— recibía de manos de S. M. el Rey D. Alfonso XIII la birreta cardenalicia. Entonces, en el instante en que alcanzaba dignidad tan alta —también se le hacía Primado de España— su humildad le hizo mostrarse agradecido frente a la madre anciana que presenciaba la brillante ceremonia. Ello le movió a pronunciar las siguientes palabras, haciéndose eco del honor que recibía, para ofrecerlo a su vez, como timbre de gloria merecido, a la profesión entrañablemente amada, que troqueló con especial sabiduría los años de la vida cuyo recuerdo produce mayor emoción.

«Honor que enaltece a una clase abnegada y laboriosa de mi Patria, la del Magisterio de Primera Enseñanza, único timbre nobiliario de mis padres; honor que conmigo comparte en el silencio de sus penas y alegrías, hoy tan acrecentadas, una familia humilde que parte mora ya en el cielo y que parte goza aún en la tierra del tesoro inestimable de la venerable anciana, que es nuestro gozo y nuestra corona» (5).

Se explica que el Magisterio nacional reclamase unánimemente el honor de que encabezase el nombre del Primado de España, las apretadas columnas del Escalafón oficial, en las que se apiñan miles y miles de nombres modestos, dando testimonio de una laboriosa tarea llena de copiosos frutos para la Patria.

Y aunque injustos sectarismos arrancaron más tarde tan glorioso nombre de ese Escalafón, rectificaciones posteriores que devolvieron su dignidad a la Patria, lo restituyeron al puesto tan justamente otorgado.

De la estima con que fué acogida esta distinción, por parte del Sr. Cardenal dan testimonio las palabras que pronunciara al comenzar en Toledo los Ejercicios Espirituales para niños,

(5) Tomado del libro de Jesús Requejo San Román «El Cardenal Segura». Madrid, sin fecha, pág. 47.

el 15 de marzo de 1928. Fueron estas palabras: «Quiero responder al título de Maestro honorario con que me han honrado.»

Un periódico local de aquella fecha publicó el siguiente comentario: «Maestro honorario que tanto como honor recibe, presta a su vez a la clase nobilísima del Magisterio. Maestro efectivo de los pequeños y de los mayores. Maestro de su pueblo, verdadero guía que no omite sacrificio personal ni táctica de celo, por adoctrinarle, por abrirle el camino de su verdadera regeneración, empujándole por él insistentemente con la suavidad de su palabra y con la eficacia de su ejemplo» (6).

ES UN GRAN PEDAGOGO.

«Áparecen en él principalmente, el pedagogo eminente, el que profundiza la psicología de sus alumnos y a ella acomoda todo su procedimiento, y el apóstol insigne, el que con San Pablo lleva en sus entrañas a los que Jesucristo ha redimido con su sangre y siente anhelos invencibles de dar su vida por salvarlos» (7).

Esas son las dos modalidades que destacan esencialmente dentro de la personalidad del ilustre Príncipe de la Iglesia. Entre ambas existe una trabazón tan íntima, que no podría concebirse la una separada de la otra.

El Cardenal Segura es el pedagogo experto y sabio en posesión del difícil hábito de captar los estados psicológicos de sus discípulos, que son en este caso los que forman el auditorio que le escucha.

Hay oradores que se dirigen a la inteligencia o a la imaginación de sus oyentes. Los últimos cautivan por el brillante juego de figuras habilidosamente expuestas; pero después de haberlos escuchado perdura sólo el grato sabor de las bellas imágenes contempladas. Lo demás desaparece.

Los oradores que buscan ponerse en contacto con la inteligencia del público, exigen por parte del mismo una atención sostenida, un esfuerzo mental, que raramente se logra

(6) Inserto en el libro titulado «Horas de luz». Toledo, 1928, pág. 65.

(7) Prólogo del libro «Horas de luz.—El Cielo», Conferencias por el Emmo. Sr. Cardenal Segura. Toledo, 1929, pág. 15. El Sr. Requejo en su libro citado, pág. 69, atribuye este prólogo al Sr. Molina.

conseguir de todos a la vez, no resultando su intervención tan fecunda como acaso fuera deseada.

El Cardenal Segura posee otros recursos que no fallan. El habla siempre al corazón: «Era el corazón el que estaba interesado, avasallado, sí, por la palabra luminosa del Pastor, principalmente por el raudal de ternura y de celo que por ella desborda, y que fuertemente palpitaba en tales sacrificios y trabajos» (8).

Su penetración psicológica le permite darse cuenta, simplemente con la mirada, de que se ha ganado la atención de los que le escuchan. Cuando advierte síntomas de que aquella atención comienza a decaer, cambia de rumbo o acorta su oración. Jamás se aparta nadie de su lado sintiéndose fatigado ni aburrido.

Para llegar a esa conquista realmente efectiva del corazón, dirigiéndose a grandes multitudes, como suele ser habitualmente el público que le escucha, le basta establecer con ella una corriente efectiva cuyo punto de arranque se encuentra en el propio corazón del orador. Corazón abnegado, generoso, magnánimo, que se da a todos sin reservas egoístas, que los busca con el mayor desinterés, teniendo por norte el exclusivo deseo de hacerles bien.

El público, su público sobre todo, sabe que no se dirige a ellos por lucro, ni aspirando a honores o dignidades, sobre los cuales se encuentra; y porque conoce perfectamente esta verdad y está convencido de que sólo le anima la llama apostólica —que lo impulsa a procurarles los mayores bienes que es dado proporcionar a los hombres— se encuentra ya pre-dispuesto y fácilmente rinde el corazón a las primeras palabras que lo buscan.

Una cualidad que estima en mucho el Eminentísimo señor Cardenal Segura, y por lo mismo jamás se aparta de ella, es la brevedad. Nadie hay capaz de retener todo lo que ha oído durante una hora. Las mismas ideas, si se exponen concisamente en lapso más reducido, quedarán sin duda alguna mejor grabadas en la mente que para apoderarse de ellas no tuvo necesidad de soportar la fatiga impuesta por una atención largamente sostenida.

«En todo maestro algo ha de haber de apóstol; pero es del apóstol de donde brota el pedagogo más acabado. Por

(8) De la crónica publicada por el diario toledano que inserta el libro «Horas de luz». Toledo, 1928, págs. 79 y 80.

disposición natural y por formación experimental en ambiente de escuela y de maestros, en su propio hogar, el Cardenal Segura ha hecho resaltar en toda su acción sacerdotal una didáctica oportunísima y de admirables efectos; pero el secreto de toda su pedagogía maravillosa está en su alma de apóstol» (9).

¿Qué cabe añadir a estas palabras luminosas? Ellas testifican el acerto con el cual se encabezan las anteriores consideraciones: el Cardenal Segura es un gran pedagogo.

La pedagogía del purpurado se apoya en dos hechos importantísimos: de un lado, disposición natural, recibida como herencia de la aptitud vocacional de los padres, robustecida al mismo tiempo por el ambiente de grata actividad docente que rodeó su infancia; de otro, su alma de apóstol movida por todos los estímulos que conmueven a quienes, puesta la mirada más allá del espacio y del tiempo, se arriesgan a las mayores empresas, con generosidad y aciertos inimitables de verdaderos privilegiados.

De ahí que el Sr. Molina afirme con extraordinaria clarividencia que «en todo maestro algo ha de haber de apóstol; pero es del apóstol de donde brota el pedagogo más acabado».

FACETAS DE SU MAGISTERIO.

a) *La lección del ejemplo.*

El Prelado hispalense, llamado por razón misma de su alta dignidad a ser educador nato de los fieles que componen su archidiócesis, como excelente pedagogo que es, no pierde de vista la eficacia del ejemplo proporcionado por una conducta intachable.

Claro que en este caso, ese ejemplo no nace tanto de una aspiración docente como de una práctica constante de las virtudes cristianas. Hasta los que discuten el acierto de sus resoluciones en el gobierno de la parcela cuya guarda le confiera la Iglesia, no tienen reparo en reconocer su rectitud inviolable, su limpia actuación, su independencia frente a todas las insinuaciones, su austeridad edificante, su celo ardiente por la defensa de los derechos de la Iglesia. La diáfana ejemplaridad de su conducta no admite tacha.

(9) Prólogo citado, del libro «Horas de luz.—El Cielo». Página 17.

Mal lograrán sus propósitos los que en grande o pequeña escala tienen como misión encauzar almas por derroteros abiertos al bien y a la verdad, si no empiezan ellos mismos dando testimonio de que se hallan convencidos de la doctrina que enseñan. Y el testimonio más convincente que se puede dar estriba en la rigurosa adaptación a las normas impuestas por esa misma doctrina. Adaptación, no de un día ni de unas horas, sino constante, de siempre.

El arma del buen ejemplo no cede nunca su eficacia en manos del educador. Sin necesidad de recurrir a ella para mostrarla a los que deben copiarlo, sin tener que alardear de posturas que por su misma naturalidad fluyen sencillamente y a cada momento, sin presentarse jamás como un modelo de lo que se debe ser conforme a lo que se piensa; basta obrar, mostrarse consecuente con las enseñanzas que se dan para que de modo intuitivo penetre la doctrina recibida, tan diáfana y convincente que no será fácil se le opongan resistencias.

Esto tiene que surgir de una vida profundamente piadosa, entregada de lleno a la práctica de la virtud e iluminada por el ideal apostólico. De ahí que el Sr. Molina diga con razón que «es del apóstol de donde brota el pedagogo más acabado».

b) Ministerio sacerdotal y pastoral.

La obra educadora del Cardenal Segura es de gran alcance por el amplio radio sobre el cual se ejerce. Su influencia traspasa los límites archidiocesanos.

Aparte de que son muchas las personas que acuden a él en demanda de orientación y consejo, desde los más apartados rincones de la Patria, el magisterio por él ejercido trasciende también merced a las ondas radiofónicas, penetrando en hogares que no se hallan enclavados dentro del territorio de su jurisdicción.

La palabra persuasiva, sobria, clara, concreta y precisa de su oración, adornada de una dialéctica especial, llega así hasta a los que materialmente no pueden concurrir a los actos que se celebran en la espaciosa Catedral sevillana.

Su influencia se extiende, pues, por un área de extensos límites. Pero al mismo tiempo, desmintiendo el viejo concepto de que se pierde en intensidad lo que se gana en extensión, penetra y profundiza de tal modo sobre quienes la reciben, que arraiga y fructifica con brotes lozanos y fragantes.

Es sin género de duda el Cardenal Segura uno de los Pre-

lados que mayor contacto mantienen con su grey. Más que el Prelado, es el Sacerdote, el Párroco, el Pastor entregado solícito al cuidado de su rebaño, lleno de desvelos por él, acucioso incesantemente del deseo vivísimo de ayudarle, de mejorarle, de hacerle ganar su destino glorioso. Muchísimas veces al año se acerca a las almas que le están confiadas, poniéndose en comunicación directa con ellas. Son las sabatinas, celebradas con puntual regularidad; las conferencias cuaremales para caballeros, señoras, jóvenes, estudiantes; las solemnes novenas, entre las cuales destacan, por numerosas circunstancias, las dedicadas a la Inmaculada Concepción de María y a la Virgen de los Reyes, Patrona de Sevilla; las asambleas diocesanas; los congresos; las tandas frecuentísimas de Ejercicios espirituales; los múltiples actos que se suceden a lo largo del año; asombroso producto de una actividad casi milagrosa porque no cabe en capacidad humana.

En todas esas actuaciones, el pedagogo genial instruye a sus discípulos y el pastor abnegado inflama a sus hijos en el amor de Jesucristo. Maestro de las almas, no pierde ocasión de ejercer su alto magisterio. La llama apostólica inflama e ilumina de ese modo la vocación pedagógica: «No creo que haya quien pueda superarle en esa sublime pedagogía de sembrar en las almas la fecunda semilla de la doctrina cristiana. Ni creo que haya quien sea capaz de prepararlas mejor y disponerlas para que esa semilla fructifique y no se pierda» (10).

Si las gentes acuden en masa a dejarse adoctrinar por el Pastor, que es padre y maestro al mismo tiempo, también se acercan a él aisladamente.

Junto a la ingente tarea educadora llevada a cabo sobre las multitudes, despliega el celoso velador de las almas otra obra no menos interesante desde nuestro punto de vista, por su fecundidad y por la continuidad con que la desarrolla: el magisterio privado cerca de los que le visitan y de sus dirigidos y cerca también de los que gráficamente se lo demandan.

Las audiencias particulares, rara vez se suspenden en el Palacio Arzobispal de Sevilla. A ellas acuden toda clase de personas, pertenecientes a las más distintas esferas sociales. El apóstol de nuestro tiempo, no desdeña tratar separadamente con cada uno de los que a él se acercan y está siempre pronto a proponer la solución atinada, el consejo oportuno

(10) Jesús Requejo: Ob. cit., pág. 67.

tuno, la orientación feliz. Todo ello impregnado de estímulos irresistibles, que abren los ojos del alma a perspectivas nuevas y encauzan insensiblemente por caminos de perfección. ¿Cabe una más perfecta obra educadora?

También a través de la correspondencia, muy abundante, despliega este educador inagotable una tarea no menos meritoria.

Se ha hablado ya más de una vez del apostolado de la carta. Apostolado humilde, silencioso, limitado; pero al mismo tiempo permanente, eficaz, seguro. Hay cosas que producen mayor efecto recogidas entre los párrafos de una epístola que captadas al vuelo frágil de unas palabras lanzadas al inestable espacio. Los caracteres escritos se mantienen llamativos e insistentes, reclamando una lectura repetida que los fije y retenga bien.

Pues si la correspondencia es una forma de apostolado tan elocuente y éste concreta la expresión más acabada del magisterio espiritual, no es permitido dudar de la influencia educadora que a través de la misma cabe desarrollar. Esa influencia, de modo consciente, ordenado y metódico, esto es, con trascendencia didáctica, se da asimismo en el pedagogo meritísimo cuya silueta pretenden fijar estas líneas.

Semejante apostolado asiduo y directo permite al Pastor conocer fidedignamente los problemas más apremiantes de sus hijos. Conocimiento que infunde a sus palabras, cuando les habla en colectividad, un tono inapreciable de solícitos desvelos por cada uno de ellos.

c) Actuación con los niños.

Los niños son la porción escogida en la grey que dirige el padre amantísimo que es el Cardenal Segura. Su predilección se manifiesta sin velos hacia ellos. ¡Cuánto los ama! ¿No es ese amor una señal inequívoca de vocación magistral? Les llama frecuentemente, les habla, se ocupa de ellos con asiduidad. La gravedad y el número de problemas y atenciones que gravitan sobre él, no le impiden acordarse de los niños y recurrir a ellos, reuniéndolos bajo las bóvedas acogedoras de la Catedral sevillana, siempre que sus oraciones deban elevarse al cielo en demanda de socorro o como acción de gracias; y cuando la época es propicia para derramar sobre sus almas delicadas la palabra evanagélica que las enfiervorece y robustezca.

Aunque él mismo reconoce lo difícil que es hablar a los

niños, prodiga complacido esos actos, porque su vocación le inclina hacia ellos.

Pero es también, porque semejante dificultad ha sido atinadamente resuelta por él.

Ante todo no pierde de vista, resulta ineludiblemente preciso ser breves en los actos que se verifican con el concurso infantil. Brevedad que no permite se les hable, sin interrupción, por un espacio de tiempo superior a los quince minutos.

Ha de tenerse en cuenta que se trata de un auditorio integrado, cuando menos, por quince o veinte mil muchachos. ¿Qué maestro se encontrará con ánimos para dirigir la palabra a un alumnado, cuya silenciosa atención parece imposible alcanzar? Pues el Cardenal Segura lo ha hecho muchas veces y lo sigue haciendo; y siempre con recursos didácticos peculiares, consigue prender de sus labios, sin esfuerzo, la despierta actividad mental de aquellas cabecitas, que le escuchan cautivas de enorme interés.

El Prelado hispalense es habilidoso manejador de preguntas. Con ellas sabe conjurar todo peligro de distracción. En el momento crítico, las lanza oportunamente sobre su concurrido auditorio infantil, poniéndolo en tensión. Ninguno resiste semejante táctica.

Si parece prodigioso despertar interés simultáneamente en tantos niños, más inconcebible resulta todavía arriesgarse a entablar diálogo con ellos. Sin embargo, las preguntas que intercala el Sr. Cardenal en sus pláticas catequísticas, lo permiten. Y ellas constituyen acaso la razón de ser de su rotundo acierto, en esas felices intervenciones infantiles.

Pregunta hace sin ánimos de que se la contesten, y así lo previene antes de formularlas; pero como anuncia otras de las cuales espera respuesta, los pequeños estimulan y aguardan impacientes el momento de darla. A veces, estas preguntas se dirigen especialmente a un solo sector de oyentes, niñas, por ejemplo, que alterna en sus intervenciones con el resto del concurso, entablándose entre ambos bandos fecundo pugilato. A la postre, todos unificados, suman sus voces al formular la contestación que se les pide.

No hay miedo de que asome el cansancio ni aparezca el aburrimiento entre las compactas filas de los pequeños oyentes. La sagacidad pedagógica del Prelado lo impide.

Estos actos no duran nunca más de una hora, distribuida de tal forma que transcurre amenamente y se desliza con verdadera rapidez.

Sirva de ejemplo la marcha en los Ejercicios Espirituales infantiles, que personalmente dirige el Emmo. Sr. Cardenal. La hora se distribuye de la siguiente manera: Cánticos; instrucción doctrinal, quince minutos; rezo del Santo Rosario o de un misterio del mismo; plática, meditación o sermonecito, de diez a quince minutos; acto eucarístico: exposición, estación, cánticos, bendición y reserva.

Jamás se prolonga el acto más allá del tiempo fiado. En cuanto a esto, el Sr. Cardenal es rigurosamente matemático.

d) Magisterio hablado.

«Una voz potente, avasalladora, resuena continuamente, lo mismo en medio de los ruidos más estrepitosos que en medio del más profundo silencio, lo mismo en la choza del salvaje perdida en la espesura de la selva que en los palacios fastuosos en que mora el hombre civilizado, lo mismo en medio de nuestros más hondos pesares que entre las expansiones de nuestras más puras alegrías, y esta voz severa, potente, arrolladora, a todo sin distinción, nos dice esta sola palabra: DEBER.

«Esa voz viene resonando en mi alma desde que tuve la dicha de venir a vosotros, y esa voz del deber, me dice: evangeliza: evangeliza sin cesar: evangeliza a todos» (11).

Desde la sagrada cátedra alza su voz autorizada este predicador de recia estirpe, instruyendo y educando a las multitudes, muchos días al año y, en ocasiones, varias veces al día.

Consecuencia de ello es que su magisterio oral se ejerce sin tregua, cosechando frutos copiosos.

Es esta la modalidad preferida por el insigne pedagogo, en la labor de formación espiritual que lleva a cabo.

Hay actos que se repiten regularmente cada año, como son las Conferencias cuaresmales, determinadas asambleas, novenas, etc. Otros surgen de necesidades transitorias o en vista de acontecimientos nuevos. Todos se desarrollan informados por esa finalidad educativa y apostólica inspiradora siempre de sus actuaciones, que los enriquece con altos valores pedagógicos.

Los temas tratados por el elocuente orador sagrado poseen un contenido y aplicación universales. Enraizados en la Sagrada Escritura, llegan a conclusiones de sorprendente ac-

(11) Cardenal Segura: «Horas de luz». Toledo, 1928. Instrucción doctrinal del día 12 de marzo, págs. 16 y 17.

tualidad, capaces por lo mismo de enfrentar a cada uno con los más interesantes problemas, sobre los que proporciona concepto preciso y solución justa.

Así se explica le oigan con el mayor gusto no sólo las personas que pueden concurrir al templo metropolitano de Sevilla, sino también cuantos buscan el influjo benéfico de su acertada palabra, a través del aparato de radio.

Para poner de relieve el acierto que preside la elección de temas en las conferencias del Sr. Cardenal Segura, sirvan de ejemplo algunos tomados al azar, de entre las escasas publicaciones que han recogido las lecciones magníficas dadas por él desde la Cátedra sagrada. Lástima no podamos consultar sin limitaciones la riquísima y abundante colección de valor inestimable que formarían sus obras completas, porque éstas no se han llegado a publicar todavía.

Toledo, 1928: Instrucciones doctrinales: Sobre el deber. El deber hace héroes. Los deberes de la fe. Causas de la falta de fe. La esperanza cristiana. La ley del amor.

Conferencias: El problema de la salvación del alma. Los valores de la vida. La vida futura. La eternidad. La Divina Providencia. La misericordia divina.

Sevilla, 1946: Para no hacer demasiado extensa la enumeración, consignaré únicamente los temas tratados en las instrucciones doctrinales de este año. Sus enunciados son bastante significativos desde el punto de vista que interesa destacar. Si fuese posible transcribir algunos pasajes de las mismas, pronto se echaría de ver el pensamiento eminentemente educativo que inspira estas piezas oratorias, modelo de concisión, claridad y correcta sencillez.

Tema general de las instrucciones para caballeros: «Los enemigos de la familia cristiana». Tema de cada día: Los ataques a la familia cristiana. Frente a los enemigos de la familia cristiana. El enemigo implacable de la familia cristiana. El peor y más terrible enemigo de la familia cristiana es la irreligión. El estado angustioso económico de las clases proletarias, es el gran enemigo de las familias cristianas humildes. El lujo es el enemigo formidable de la familia cristiana, principalmente de la clase media y acomodada.

Tema general de las instrucciones para señoras: «Las virtudes domésticas». Tema de cada día: El sostén de las familias. Honor de la vida doméstica. La primera virtud doméstica, la humildad. La discreción en el hablar y la mansedumbre, es virtud doméstica fundamental en la mujer. El

recato y la modestia, virtudes fundamentales domésticas. La paciencia es la piedra angular de las virtudes domésticas.

Tema general de las instrucciones doctrinales para las jóvenes: «Una senda desconocida para la santidad». Tema de cada día: Una devoción de moda. El secreto de la santidad. Una analogía perfecta. El amor, primer fundamento de la infancia espiritual. La pequeñez es el fundamento de la infancia espiritual. El tercer fundamento insustituible de la infancia espiritual es la confianza en Dios.

Las conferencias para universitarios, de ese mismo año, versaron sobre el tema general «Pan de vida».

c) Magisterio escrito.

A primera vista parece haber quedado ya bosquejada la obra que desarrolla con celo admirable el Emmo. Cardenal Dr. Segura. Bastaría su actividad pastoral, expuesta oralmente, para llenar toda una vida.

No sucede así, sin embargo. Aunque esa forma sea preferentemente usada por él, junto a ella se muestra igualmente inagotable en el ejercicio de un magisterio escrito encaminado a orientar las almas encomendadas a su pastoral cuidado, a ilustrarlas, a fortalecerlas, a ganarlas para la verdad y el bien.

El Cardenal Segura jamás se ha puesto a escribir con la pretensión de componer un libro determinado o de tratar temas de estudio. Su única obra —fuera de las que recogen conferencias o predicaciones suyas tomadas taquigráficamente— es la que lleva por título *Flores de la montaña.—Cartas murianas*. Ni aun siquiera ésta ha sido producto de un plan premeditado con fines publicistas. Contiene 06 cartas, fechada la primera en Coria el 3 de marzo de 1922, y la última en Lagunilla el 17 de diciembre de 1926.

Son cartas nacidas entre afanes apostólicos y apremiantes ocupaciones que apartaban al hijo devoto de la Virgen, de sus fiestas sabatinas. «Almas enamoradas de la Virgen de la Montaña y agradecidas a la memoria imborrable de su antiguo Obispo, han querido, aun contrariando su modesto empeño, salvarlas del olvido y entregarlas a una mayor difusión» (12). En ellas campea el fervoroso celo de un corazón entregado sin reservas al amor de la Madre del Cielo, deseoso de contagiar de los mismos ideales a sus diocesanos. Cartas

(12) Genaro Xavier Vallejos: Prólogo del libro «Flores de la Montaña». Madrid, pág. 6.

amorosamente expansivas, que relatan viajes y situaciones nacidas al amparo de una actividad ejemplar.

No falta en ellas la intención aleccionadora. Muchas enseñan verdades de fe o dan a conocer principios y normas de conducta laudables. Otras glosan ceremonias y festividades litúrgicas coincidentes con el momento en que fueron escritas o motivadoras de aquella ausencia que pretendían subsanar. Todas son un mensaje encendido, un cántico regalado y exquisito del más sublime amor mariano.

La producción escrita del Sr. Cardenal Segura se halla recogida íntegramente en las colecciones de los Boletines Oficiales de las Diócesis por él gobernadas.

Examinando la de Sevilla —teniendo en cuenta que es la más reciente— puede estimarse el volumen alcanzado por dicha producción. Cada año pasan de cincuenta los documentos publicados por Su Eminencia.

El año 1946 tales documentos alcanzaron la cifra de 70.

Prescindiendo de los que revisten carácter dispositivo, la mayor parte de ellos va enderezada a ilustrar a los fieles sobre cuestiones de capital importancia siempre; que si bien se enderezan a procurar el bien espiritual de los súbditos, abordan necesariamente problemas de orden temporal.

Por su extensión y trascendencia educativa merecen ser destacadas las Cartas pastorales. Algunas revistieron tal importancia, que circularon profusamente por España y por el extranjero. Ello prueba palpablemente la oportunidad del asunto abordado y el certero criterio con que fuera enfocado y resuelto.

1) Catequista.

Aunque ordinariamente se asigne al catequista la misión de instruir en la Doctrina Cristiana, los que participamos de algún modo en las tareas educativas sabemos que no cumple como debe si se limita a ese cometido.

El catequista tiene que aspirar a algo más que a una simple transmisión de conocimientos. Si en cualquier ramo del humano saber la recepción de unos principios —todo lo básico y fundamentales que se quiera— escaso valor ofrecen al que los aprende si no se fusionan con la cultura ya asimilada convirtiéndose en algo propio que determina cierta manera peculiar de enfocar las cuestiones, cuando se trata de verdades religiosas, la necesidad de que se verifique una incorporación íntima, profunda, de ellas, al sujeto que las conoce, es tan

perentoria, que bien puede proclamarse sin atenuantes, a olvidado su finalidad primordial la tarea que se limitara a enseñarlas.

El catequista aspira a algo más trascendental. Su objetivo rebasa el marco estrecho de la instrucción. Se vale de ella, ciertamente, pero con el propósito de utilizarla como instrumento útil para alcanzar la meta que le guía: la formación religiosa de sus alumnos.

«No desempeña, pues, plenamente su ministerio, el catequista que se limita a procurar que los niños aprendan a la letra el texto diocesano, ni siquiera el que se lo explica, si no forma a la vez el corazón, el carácter, la conciencia: Catequizar no es sólo instruir, sino educar» (13).

Prueba que esto es así, la bibliografía de Pedagogía catequística que se ve enriquecida hoy en nuestro idioma con obras que son tratados muy completos de esta materia.

El catequista es, por tanto, un educador que se fija particularmente en la formación religiosa de sus alumnos. Uno de los medios que emplea para llegar a ella, es la enseñanza del Catecismo. Lo cual supone dar a conocer las principales verdades de nuestra Fe, iniciando al mismo tiempo en las prácticas piadosas.

El catequista es así educador especializado. Eso lleva consigo el que todo educador tenga que ser forzosamente catequista. Porque siendo la formación religiosa un sector fundamental de la formación total del sujeto, ningún educador puede omitirla, sino que la ha de atender con el esmero y solitud que su importancia requiere.

Esa predilección manifiesta a lo largo de toda su actividad docente el pedagogo íntegro que lleva dentro de sí S. E. Reverendísima, actual Arzobispo de Sevilla.

Su actividad catequística jamás ha sufrido interrupción. Para darse un poco idea de ella bastará exponer sumariamente algo de lo mucho que lleva hecho en esa materia, dentro de la archidiócesis sevillana. El día 12 de octubre de 1937, comenzó a regirla. Puede estimarse que hasta 1938 no comienzan en realidad sus medidas de gobierno, sobre asuntos exentos de una exigencia de intervención inmediata. Pues bien: ese año 1938 es prodigio en disposiciones y medidas encami-

(13) Daniel Llorente: «Tratado elemental de Pedagogía catequística». Cuarta edición. Valladolid, 1938, pág. 15.

nadas a difundir y mejorar la enseñanza catequística dentro del arzobispado.

Su Carta pastoral sobre la enseñanza de la Doctrina Cristiana, de 14 de julio, contiene el concepto que le merece dicha enseñanza, expuesto con las palabras siguientes :

«La catequesis, además de ser instrucción oral, es eminentemente doctrinal y sencilla, y excluye, por tanto, las llamadas formas oratorias, propias de los grandes discursos, y las exquisiteces y elegancias del buen lenguaje que se consideran imprescindibles en las conferencias denominadas académicas.

»No quiere decir esto que se encamine la catequesis tan sólo a la inteligencia, sino que interesa también sobremanera al corazón, al que insensiblemente, pero con una eficacia extraordinaria, va moldeando, según el divino modelo del Corazón de Jesucristo» (14).

Por Decreto del 16 de julio, crea el Instituto Catequístico Diocesano, en el que se podrá obtener el título de Catequista (15).

De igual fecha son los siguientes Decretos: II. Sobre erección de una cátedra de Pedagogía catequística en el Seminario de Sevilla (16). III. Sobre organización de la Junta Catequística Diocesana, a la que se encomiendan misiones muy importantes (17). IV. Sobre creación de un Secretariado Diocesano, auxiliar de la Junta anterior, que funcionará con personalidad propia, como organismo informativo (18).

Del 1 de julio es su Instrucción sacerdotal de la legislación de la Iglesia sobre catequesis (19). Del 16 del mismo mes y año son sus Mandamientos sobre la enseñanza del Catecismo en la Archidiócesis (20) y los Reglamentos siguientes: I. Reglamento de la Congregación parroquial de la Doctrina Cristiana. II. Reglamento de las Catequesis parroquiales. III. Reglamento de los Catecismos especiales de la primera confesión, confirmación y primera Comunión (21).

Desde ese mismo año 1938 han venido celebrándose regularmente y sin interrupción, las Asambleas anuales Catequís-

(14) «Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla». Tomo LXXXI, pág. 288, año 1938.

(15) Id., id., id., págs. 362-363.

(16) Id., id., id., pág. 364.

(17) Id., id., id., págs. 365-366.

(18) Id., id., id., págs. 366-367.

(19) Id., id., id., pág. 312.

(20) Id., id., id., pág. 360.

(21) Id., id., id., págs. 368-377.

ticas diocesanas, todas ellas con extraordinaria concurrencia de seglares y religiosos, avaladas además por aportaciones de elementos muy destacados y de fecundos y positivos resultados.

La del año 1940, que tuvo lugar a fines del mes de junio, revistió el carácter de Certamen catequístico, con intervención de niños y niñas de toda la Archidiócesis. Las lecciones prácticas explicadas en las tres sesiones públicas, le dieron una orientación francamente pedagógica. Las conclusiones formuladas entonces por Su Eminencia Reverendísima acentuaron aun más esa orientación. Fueron las siguientes. 1.^a Organización perfecta de la catequesis y preparación escrupulosa de las secciones. 2.^a Vida cristiana conformada totalmente a las enseñanzas del Catecismo.

Posteriormente se ha repetido la celebración de Certámenes catequísticos, introduciéndose en ellos las modificaciones que la práctica aconsejara. Así, el año 1943, hubo tres clases de estos Certámenes: Parroquial, regional y diocesano. Los niños y niñas triunfadores en los dos primeros concurren a este último, que coincidió con el Primer Congreso Catequístico Diocesano, cuyas tareas comenzaron el 14 de noviembre.

Tres fueron las características asignadas a dicho Congreso por su Eminentísimo organizador, en la Carta pastoral de 5 de julio de 1943 (22): 1.^a *Reproducir, en breve síntesis, todo lo legislado sobre enseñanza catequística.* 2.^a *Que el Congreso sea eminentemente práctico.* 3.^a *Que tenga carácter eminentemente diocesano.*

Durante los días en que tuvieron lugar las sesiones del Primer Congreso Catequístico Diocesano, estuvo abierta una Exposición catequística, que fué muy visitada.

Mención especial merece el Instituto Catequístico Diocesano instalado en el propio Palacio Arzobispal, bajo la inmediata dirección del Prelado.

El plan de estudios que abarca fué expuesto por su ilustre fundador en la sesión inaugural verificada el 16 de noviembre de 1941. Cinco años de estudios escalonados en tres grados: elemental, medio y superior. El primero, de un curso, proporciona una formación elemental, completándose en él los conocimientos de Catecismo. Mediante riguroso examen, puede obtenerse el correspondiente diploma. El segun-

(22) «Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla», t. LXXXVI. Año 1943, págs. 306-314.

do, de tres cursos, tiende a dar una formación doctrinal muy completa, poniendo al alumno en conocimiento de la Pedagogía catequística. El último grado, llamado superior, de un curso, como el primero, aspira a hacer del alumno un insigne apologista de la Iglesia (23).

g) *El Instituto Eclesiástico Diocesano de Enseñanza Media de Nuestra Señora de los Reyes.*

En la ciudad andaluza de Sanlúcar de Barrameda, barriada de Bonanza, junto a la desembocadura del Guadalquivir, se alza el hermoso edificio donde, desde su fundación, viene funcionando este magnífico Instituto.

Le sirve de marco el bello paisaje que resulta de la conjunción armónica a que llegan la inmensidad del océano, de una parte, y por otra, la quieta umbría de los bosques y la serena placidez de los campos y viñedos, próximos a tan atrayente lugar.

El edificio es amplio y posee dependencias especiales destinadas a los diferentes usos propios de un centro docente —dotado de todas las comodidades ofrecidas por los adelantos modernos—, que a la vez sirve de hogar a los alumnos del mismo.

Ese régimen de internado permite se efectúe —con una certera acción que difícilmente se malogra— la formación integral del escolar; quedando enriquecida notablemente su preparación cultural por el realce que le presta la sólida educación moral y religiosa recibida durante los años de estudio.

Tal fué el propósito que movió a su insigne fundador a llevar a cabo esta obra, cuyos frutos no podrán estimarse en su profunda trascendencia hasta que la primera promoción haya completado el ciclo total de estudios que se le asigna: desde la preparación de ingreso en el Instituto, hasta el sexto curso de Bachillerato.

Según reza el Reglamento disciplinar de este Instituto, «su necesidad se venía sintiendo desde hace años, para atender al remedio del doble mal que pesa sobre el niño, cuya inteligencia sufre asfixia con los valores de una ciencia que ha perdido de vista, por falta de aptitudes en aquél, y cuyo cora-

(23) «Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla», t. LXXXIV. Año 1941, pág. 619.

zón suele salir sin la debida formación de los centros de enseñanza» (24).

De ahí que por exigirlo «así la buena formación que se pretende dar a los alumnos» (25), en el primer año que funcionó el Instituto Eclesiástico Diocesano de Enseñanza Media abarcó únicamente el primer curso de Bachillerato, ampliándose en años sucesivos los estudios con los demás cursos.

Por eso, al establecer ese mismo Reglamento las condiciones indispensables que deben reunir los alumnos para ser admitidos, fija en quinto lugar la siguiente: «Será preciso que los alumnos de este Instituto comiencen sus estudios desde el primer año. No podrán, por lo tanto, ingresar en él, los que vengan con asignaturas o cursos aprobados en otros Centros de enseñanza, atendiendo a la igualdad de formación que han de tener» (26).

Esta importante institución docente fué creada por Decreto de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo de Sevilla, dada en su Palacio Arzobispal, el 10 de julio de 1946 (27).

UNA PEDAGOGÍA.

A través de la oratoria prodigada generosa e infatigablemente por el Cardenal Segura, lo mismo que de sus copiosos escritos, puede construirse una pedagogía, cuyo nervio es la ordenación de la vida hacia el logro de su destino sublime último.

Pedagogía en la que se pone de manifiesto los peligros que acechan al hombre por doquiera, pretendiendo apartarle del camino recto, y a la vez se le estimula a combatirlos mostrándole las armas que debe usar en su defensa. Pedagogía de realidades fehacientes; pero no depresivas y aniquiladoras, sino antes al contrario, henchidas de estímulos, de alentadoras invitaciones, de irresistibles llamamientos para posponer toda cobardía e inercia y para buscar decididos y ani-

(24) Reglamento Disciplinar del I. E. D. de E. M.^a de Nuestra Señora, de los Reyes. I. Norma general. «B. O. E. del A. de Sevilla», t. LXXXVII. Año 1946, pág. 463.

(25) Id., íd., íd. III. Ciclo de formación. Id., íd., íd., página 464.

(26) Id., íd., íd., pág. 467.

(27) «B. O. E. del A. de Sevilla» últimamente citado, páginas 372-388.

mosos la verdadera felicidad, que no se encuentra precisamente en esta vida.

Es la Pedagogía perenne, inmutable, espiritualista, propugnada por la Iglesia Católica, a lo largo de sus veinte siglos de existencia. Pedagogía de siempre. Ni antigua ni nueva. Porque en ella está la verdad, es decir, el principio inalterable que se mantiene vigoroso y lozano a través del tiempo. Y aunque modalidades y circunstancias distintas a las ya vividas exijan otras externas que con ellas se acoplen, esa verdad —que lo sigue siendo en su ausencia— no se hace traición al revestirse de innovaciones loables que rimen con los días que van llegando.

Así se explica que la pedagogía católica exista ahora como antaño, con iguales ímpetus llenos de vida, portadora siempre de gérmenes fecundos.

La pedagogía del Cardenal Segura es la misma pedagogía de la Iglesia Católica rediviva y elocuente entre este mar de agitadas convulsiones sociales —expresión de hondas inquietudes individuales— que nos ha tocado vivir a los hijos del siglo xx.

El panorama universal influye, sin duda alguna, sobre la aptitud individual. Este hecho se recoge en las directrices que pudieran componer el armazón de la concepción pedagógica sustentada por el eximio Prelado de Sevilla.

Si alguien se decide a espigar en su abundante producción, no le será difícil concretar ordenadamente los principios pedagógicos que presiden la ingente tarea por él desplegada. Entonces podremos contar con esa pedagogía suya, netamente católica y española —por su adaptación a nuestra peculiar psicología—, antigua y nueva al mismo tiempo, luminosa, eficaz, concluyente, certeramente orientadora.

FRANCISCA MONTILLA.